

La prole desleal de Firestone*

SOPHIE LEWIS

¿Realmente alguna vez el feminismo ha sido una conspiración contra la familia? Tras la aplastante derrota de esos revolucionarios años conocidos como los Largos Sesenta, las pocas feministas que quedaron en pie entre los escombros se apresuraron a contarle al público que «el movimiento por la liberación de las mujeres no intentaba destruir la familia estadounidense», en palabras de Gloria Steinem, antigua informante de la CIA. Por otro lado, un boletín del Centro de Mujeres Alice Paul de Pensilvania afirmaba en 1981 que «las feministas no se oponen a la familia». Barbara Ehrenreich coincidió con este análisis en 1999, insistiendo en que «las feministas no han intentado “destruir la familia”». Pero ¿de dónde salió la idea de que las feministas estaban intentando destruir la familia? ¿Se la han inventado los sectores antifeministas de la derecha? La gran dama de este movimiento, Betty Friedan, lo enmarca de manera distinta a como una calumnia poco fundada en un artículo para *The New York Times* publicado en 1979. Mientras proponía una «nueva» dirección (pro-familia) para el feminismo, Friedan se preguntaba, retóricamente, «¿no se supone que las feministas se están liberando de la familia? ¿No se supone que el movimiento feminista intenta destruir la familia?». Desde hace tiempo, para algunas feministas

* Algunas partes de este texto aparecieron por primera vez con el título «Shulamith Firestone Wanted to Abolish Nature - We Should, Too» en la revista *The Nation*, en su número impreso del 26 de julio al 2 de agosto de 2021, «This Way to Utopia» (Este camino hacia la utopía). Otras partes aparecieron en la revista online *b-n-l* (*Brand New Life*) en una conversación con Rose-Anne Gush y Barbara Kapusta, bajo el título «Low-Tech Grassroots Ectogenesis: “I Think That Will Not Be A Problem”», del 2 de abril de 2021.

resulta descabellado pensar que la respuesta a estas preguntas pueda ser «sí». De hecho, en las pocas ocasiones donde el discurso dominante admite algún precedente a que el feminismo pueda tener una relación antagónica con la familia lo reduce cuidadosamente a un caso atípico y singular: «Shulamith Firestone».

Shulie, como la conocían sus amigos en su juventud, nació en Missouri, se licenció en una escuela de arte de Chicago y posteriormente desarrolló su vida en Nueva York. El derrocamiento de la clase, la raza y los mercados era para ella una tarea evidentemente necesaria que apenas merecía la pena explicar. Lo que realmente le interesaba, en cambio, era la abolición de la cultura y la naturaleza privatizada de las relaciones humanas etiquetadas bajo la noción del «amor», por un lado, y del embarazo, por otro.

Además de editar y producir la revista militante (y milenaria) de liberación femenina *Notes*, de corta vida y autopublicada, Shulie cofundó varios grupos revolucionarios—New York Radical Women, Redstockings y New York Radical Feminists— que a veces llevaban a cabo acciones directas contra editoriales de prestigio que consideraban sexistas o ferias nupciales de Manhattan. Más tarde publicó su manifiesto, el libro que tienes en tus manos: *La dialéctica del sexo: en defensa de la revolución feminista*. Como pronto descubrirás, la autora aboga por «la abolición de la propia fuerza de trabajo bajo un socialismo cibernético» y «la difusión de la función de procrear y criar a los hijos al conjunto de la sociedad, tanto a hombres como a mujeres». La ectogénesis —el útero-máquina— forma parte de este cuadro especulativo. Pero sobre todo, sostiene, las feministas y los niños deben unir sus fuerzas contra el patriarcado capitalista, apoderándose del control sobre la tecnología, erradicando la tiranía del trabajo, automatizándolo (sí, incluso el trabajo reproductivo, en la medida de lo posible), y deshaciéndose del tabú del incesto para que el juego, el amor y la sexualidad puedan «fluir sin trabas».

Entonces, ¿era la abolición de la familia un deseo «marginal» o en su lugar se estaba extendiendo en el movimiento que Shulie ayudó a catalizar? ¿Cuál de estas posiciones daba cuenta de la verdad? En 2021, la filósofa antitrabajo Kathi Weeks insistió —en una ingeniosa referencia a la «infame propuesta» de El manifiesto comunista, la abolición de la familia— que la abolición de la familia no solo formaba parte del programa del comunismo, sino que también era el punto que culmina la visión de la liberación de la mujer: la «infame propuesta de las

feministas».¹ Efectivamente, como descubrí mientras investigaba *Abolir la familia: un manifiesto por el cuidado y la liberación* (2022), el archivo de este momento de máxima ambición –escudriñado bajo la gruesa capa de negación y olvido intencionado que lo entierra– rebosa de una asombrosa multiplicidad de voces negras, con posiciones radicales sobre el bienestar, mujeristas, tercermundistas, procedentes del poder gay, de los derechos de los discapacitados, o queer antiimperialistas que piden la «destrucción» del hogar nuclear privado en nombre de la libertad de género y la liberación de los niños.²

Por ejemplo, algunos colaboradores de la antología de Toni Cade (más tarde Toni Cade Bambara) *La mujer negra*, publicada en los Estados Unidos en 1970, rechazan la idea de que la familia pueda formar parte de la liberación negra (humana y colectiva). Kay Lindsey, en su artículo «La mujer negra como mujer», expone que «si se destruyeran todas las instituciones blancas a excepción de la familia, también podría resurgir el Estado, pero negro en lugar de blanco». En otras palabras: la única forma de garantizar la destrucción del Estado patriarcal es que se destruya la institución de la familia.

«Y quiero decir destruida», se hizo eco Pat Parker en 1980, representante del centro de salud de mujeres feministas, en un discurso que pronunció en *¡Basta!*, Conferencia de Mujeres sobre el Imperialismo y la Tercera Guerra Mundial, en Oakland, California. Parker hablaba en nombre del Consejo Revolucionario de Mujeres Negras, entre otras organizaciones, y su amplia declaración (que abordó el imperialismo, el Ku Klux Klan y la construcción de movimientos) terminaba mencionando intencionadamente la cuestión de la familia: «Mientras las mujeres estén atadas a la estructura familiar nuclear no podremos avanzar eficazmente hacia la revolución. Y si las mujeres no se movilizan, ello no se producirá nunca». La izquierda, junto con las mujeres (especialmente de las clases alta y media), debe renunciar a su «lealtad eterna a la familia nuclear», exigía Parker en su discurso. Es «la unidad básica del capitalismo», concluía, «para que avancemos hacia la revolución hay que destruirla». En años anteriores, militantes del movimiento por la liberación gay de

1 Weeks, K. (2015), «The Vanishing Dialectic: Shulamith Firestone and the Future of the Feminist 1970s», *South Atlantic Quarterly*, 114(4), pp. 735–754.

2 Lewis, S. (2022), *Abolish the Family: A Manifesto for Care and Liberation*, Verso, Londres. En castellano, publicado en 2023: *Abolir la familia: un manifiesto por el cuidado y la liberación*, Traficantes de Sueños, Madrid.

todo el mundo habían publicado declaraciones en el mismo sentido. El Comité Internacional de Salarios para el Trabajo Doméstico, que colaboraba estrechamente con la Organización Nacional de Derechos de Bienestar en los Estados Unidos y contaba con subgrupos, como Mujeres Negras por Salarios para el Trabajo Doméstico y Salarios para Lesbianas también pretendía acabar con la «fábrica social» del hogar no asalariado.

En otras palabras, la hemeroteca de la propuesta «más infame en la historia estadounidense» que han producido las feministas es significativamente más amplia que la única maldita persona, con sus connotaciones distópicas de úteros mecanizados obligatorios y suicidio, a la que esta se ha reducido. Sin duda, a la imaginación antiutópica le resulta cómodo fingir que Shulamith Firestone fue un curioso bache en el camino. En realidad, el pensamiento defectuoso, germinal y transformador del mundo de Firestone formaba parte de una ecología de pensadoras radicales de los años sesenta y setenta que ansiaban aplastar la principal tecnología de la escasez —la familia— organizando el cuidado y la conexión humana en el presente. Cada vez somos más en todo el mundo las que despertamos y reconocemos que somos sus hijas.

Siempre me han confundido un poco mis propios sentimientos de protección hacia la monstruosa Shulie. Me sorprende la facilidad con la que las imágenes documentales de noticias sobre ella hacen que se salten las lágrimas, o incluso simulaciones de las mismas, como el cortometraje de Elisabeth Subrin titulado *Shulie* (1997). Me he preguntado por qué lloro con los tiernos escritos sobre Firestone recogidos en la antología *Further Adventures of the Dialectic of Sex* o el reportaje especial *in memoriam* de la revista *n+1* de 2013. Me he encontrado a mi misma riendo, con una peculiar intensidad, con las anécdotas recogidas en este último (procedentes de los antiguos amigos y camaradas de Shulie), muchas de las cuales dejan claro que en su día a día era una imbécil arrogante. Los homenajes relatan cenas del Día de Acción de Gracias con pavo crudo, negativas arrogantes a contribuir a la labor de grapar o mecanografiar las actas de las reuniones, así como tantos libros prestados y nunca devueltos porque «ella les daba mejor uso». Sospecho firmemente que yo la habría encontrado exasperante; que me habría peleado con ella por la blanquitud, la feminidad, la homosexualidad, los cuerpos. Y, sin embargo, estoy enamorada de ella. ¿Por qué?

Cuando publiqué mi investigación contra el trabajo sobre el parto gestacional en 2019 seguramente fuera consciente de que había elegido un subtítulo más o menos idéntico al título del que quizá sea el desprecio más duro de Shulamith Firestone del que se tiene constancia, a saber, el artículo de 1989 de Jean Elshtain «Feministas contra la familia». De hecho, en retrospectiva, no cabe duda de que *Otra subrogación es posible: el feminismo contra la familia* fue un intento de revivir y reivindicar la escuela feminista de Firestone y de revivir, con cierto orgullo, su horizonte revolucionario de abolición de la familia, aunque en el texto hubiera fuentes feministas trans, queer-descoloniales y antirracistas igualmente importantes para mí (reelaborado) «abolicionismo familiar». De todos modos, en *Otra subrogación es posible*, me sentí algo indecisa a la hora de declarar inequívocamente que soy *fan-girl* queer de Firestone o defensora del firestonismo (crítico). *La dialéctica del sexo* está, después de todo, repleta de meteduras de pata racistas, reverencias hacia las sufragistas del siglo XIX que me desagradan y «ambivalencia hacia los cuerpos femeninos», especialmente repugnante —un afecto siempre molesto, si me preguntas— resulta la encarnación *xenohospitable* de la gestación humana. Sorprendentemente nunca están presentes las lesbianas, las trabajadoras del sexo o los tema queer.

Debo confesar que durante los meses posteriores a la publicación de *Otra subrogación es posible* —bastante crítico con Firestone— luché, para mi propia sorpresa, por desprenderme de mi preocupación por la visión que tenían Firestone sobre cómo alcanzar una forma democrática poscapitalista de fabricar fetos, que fuera externa al cuerpo humano. Para documentar un ensayo titulado «¿Sueñan las ovejas eléctricas con bebés acuáticos?», publicado en la revista *Logic*, llegué incluso a asomarme sin éxito por la entrada de un hospital de Filadelfia, cerca de donde vivo, buscando vislumbrar a través del polietileno a corderos neonatos pataleando bajo el agua.³ Las afirmaciones especulativas de Firestone sobre la gestación automatizada habían esbozado una visión que más tarde haría famosa Marge Piercy en su ciudad ficticia de Mattapoissett en *Mujer al filo del tiempo* (1976), donde opera un modo de reproducción social posgénero facilitado por un tanque central de ectogenética líquida o «Brooder». En la novela, a un invitado se le ofrece una visita guiada para ver el «tanque pintado con anguilas y nenúfares»; en su interior,

3 Sophie L. (2019), «Do Electric Sheep Dream of Water Babies?», *Logic magazine*, 8, 3 de agosto de 2019.

«siete bebés humanos [están] trotando lentamente boca abajo, cada uno en un saco propio dentro de un receptáculo líquido mayor». Todo el trabajo posterior de creación de bebés y crianza se difunde –reutilizando el término firestoniano– por toda la sociedad.

La verdad es que, como Piercy (supongo), me he dejado seducir. *La dialéctica del sexo* fue escrita con rapidez, una enorme capacidad oratoria y haciendo gala de una maravillosa teatralidad. Cada página está salpicada de raps, «bits», apartes y vívidas paráfrasis coloquiales que captan el sentido común cotidiano. Todo ello constituye una hábil ofensiva de seducción. Nos está haciendo el amor, y lo está haciendo contra el AmorTM. Además, pocas veces se dice lo encantadoramente divertida que es la autora. Su «voz afectiva», como ha señalado Susanna Paasonen, es intensamente seductora: la lectora experimenta «un particular afecto contagioso en las formas de dirigirse a él». Contagioso es el adjetivo correcto. De forma poco habitual en mí, me encuentro pasando por alto sus atroces errores políticos. Revelación total: puede que también esté infectada por un caso de desplazamiento de la pena. Hace tiempo que me persigue la sensación de que existen similitudes entre mi madre (antigua maoísta) y la Sra. Firestone. Al igual que mi madre, que murió siete años después que Firestone (en noviembre de 2019), Firestone se negó en su madurez a hablar del trabajo de su vida anterior; y vivió sus últimos días abrazada voluntariamente a la soledad. Las resonancias son dolorosas. A finales de los ochenta, los esfuerzos solidarios del colectivo Amigos de Shulamith Firestone de Nueva York fueron infructuosos para impedir que finalmente la desahuciaran de su apartamento. Posteriormente, como relata Susan Faludi, «a principios de los noventa [...] un grupo de mujeres se reunía semanalmente con Firestone para ayudarla con sus necesidades prácticas, desde tomar sus medicamentos antipsicóticos hasta comprar alimentos». Por suerte, al igual que mi madre, Firestone nunca llegó a encontrarse en la indigencia. Se consideraba a sí misma una figura dominante, casi tiránica, excéntricamente simpática e ingeniosa. Evidentemente, les gustaban los hombres como compañeros sexuales, por no hablar de compañeros intelectuales, pero –de nuevo, como mi madre– lamentablemente dejó de disfrutar pronto con ellos en la cama porque le sobrevino una enfermedad mental (esquizofrenia: esa «falta de aire» feminizada, fruto de la vida bajo el patriarcado capitalista blanco).

Sin embargo, la personalidad ardiente y difícil de la Shulamith Firestone que habitó la época de 1970 se afirma, hasta el día de hoy, como

un incendio forestal, un virus. Su recuerdo suscita una feroz y especial cepa de lealtad entre muchos de nosotros que la sobrevivimos (jóvenes y viejos), la conociéramos o no personalmente, sin importar si pensamos o no que era una buena persona.

* * *

No todo el mundo, por decirlo suavemente, se ha sentido capaz de inclinarse genoramente a guardar esa lealtad. Aunque comparte varios de los compromisos feministas de Firestone, la filósofa Hortense Spillers fue demoledora al desmontar el desprecio —nada dialéctico de *La dialéctica del sexo*— por el nacionalismo negro, así como su relegación de la cuestión de la liberación de las mujeres no blancas enteramente al lamentable capítulo 5 del libro, aquel titulado «El racismo o el sexismo de la familia humana». Innegablemente, este capítulo —que entiende crudamente el racismo estadounidense como un drama psíquico estructurado en el cuarteto familiar heterosexual, con mujeres y hombres blancos como figuras materna y paterna y hombres y mujeres afroamericanos como hijos e hijas— merece todo lo que las feministas negras han criticado sobre él. A pesar de haber denunciado el freudismo como «erróneo» en el capítulo 3, Firestone ignora la esclavitud, el colonialismo y cualquier base histórico-materialista para la supremacía blanca, explicándola, en cambio, en términos psicológicos como un «fenómeno sexual» que imita el complejo de Edipo. Los hombres negros son los «hijos» excitados de la familia nacional de los Estados Unidos, postula perezosamente, de ahí que se vean impulsados a devaluar a la mujer negra (hermana), matar al hombre blanco (papá) y violar a su esposa blanca.

En su deconstrucción del «mito del violador negro» en *Mujeres, raza y clase*, Angela Davis resume amablemente semejante embrollo teórico de este modo: «Firestone sucumbe al viejo sofisma racista de culpar a la víctima».⁴ Spillers es menos cortés: «¿Esta escritora está haciendo comedia o acaso hemos leído mal su texto?». Por desgracia, la presentación de estereotipos raciales como retratos psicológicos de miembros individuales de la llamada «familia del hombre» no forma parte de la extensa (y a veces excelente) comedia de Firestone. Ciega ante los modos de vida urbanos queer e indígenas no monógamos, Firestone pasa por alto el carácter fundamentalmente racial de la producción del género

4 Davis, A. (1981), «Rape, Racism and the Myth of the Black Rapist», en *Women, Race and Class*, Knopf, Nueva York, p. 181.

cisheterosexual en los Estados Unidos posteriores a la Reconstrucción, y el fallo resulta fatal para la construcción de todo su proyecto. Por supuesto, no se equivocaba al afirmar que los marxistas canónicos y los «políticos» de la Nueva Izquierda de los años sesenta no prestaban la debida atención a las esferas del sexo/género, la maternidad, la familia nuclear impuesta colonialmente y el romance. Pero el horizonte que tanto la motivó –la «explosión» de los Estados Unidos en su totalidad– es en última instancia inimaginable sin la abolición de la blanquitud, algo que ella ignora.

Al fin y al cabo, las instituciones hermanadas de la infancia y la maternidad sobre las que descansa la cultura, según Firestone, se forjaron en el seno de la supremacía blanca, como tan acertadamente demostró Spillers al publicar «Mama's Baby, Papa's Maybe» en 1987. Dicho con otras palabras, cuando Firestone habla de eliminar «la» distinción de sexos está eludiendo, bajo el signo de toda mujer, lo que en realidad es una multiplicidad de sexos racializados y opresiones de género. No todas las mujeres tienen el mismo sexo. «La» dialéctica utópica del sexo, si intentáramos diagramarla (como hizo Shulie), sería probablemente cuatridimensional.

La incapacidad de Firestone para entender la racialización en términos materiales está relacionada con las contradicciones de su relato, a veces determinista, a veces antideterminista, del género humano. El hecho, por ejemplo, de que la obra magna de Firestone contenga tanto somatofobia (el horror al cuerpo gestante «distendido») como una fuerte dosis de excitación por el cuerpo humano mutable (el apetito erótico por tener sexo polimorfamente perverso tras el género) es solo una más entre sus numerosas y notables contradicciones. En su célebre, *Mujeres, simios y ciborgs* [1991](2023), Donna Haraway señaló que, para Firestone, el cuerpo está alineado con el enemigo, es decir, con la esfera de la naturaleza: cae repetidamente en la suposición errónea de que existen «objetos naturales (cuerpos) separados de las relaciones sociales». Sin embargo, junto a esta antipatía frustrada hacia lo corpóreo –en la medida en que parece dado, indoblegable–, también es precisamente la tecnoanimalidad y la historicidad transformable de la carnalidad-cíborg lo que se ha percibido en *La dialéctica del sexo*: «Una forma de utopía encarnada». Dada la queernidad lúdica, mortalmente seria, tecno-curiosa, pero biológicamente situada del método de Firestone, se ha llegado a sugerir que «la verdadera heredera de Firestone es Donna Haraway». Para la utopista crítica Madeline Lane-McKinley, por ejemplo, *La*

dialéctica del sexo está llena de trasfondos transfeministas que desbordan las limitaciones de su propio cissexismo. Pero no corresponde a Lane-McKinley, ni a mí, en última instancia, excusar, relativizar o «redimir» el capítulo 5. Para dar cuenta de la dialéctica racial del sexo debemos dirigirnos, en cambio, a feministas «Glitch» como Legacy Russell, geógrafas del trabajo reproductivo trans negro como Treva Ellison, e historiadoras de la cisness colonial —en la tradición de Hortense Spillers— como C. Riley Snorton, Jules Gill-Peterson o Emma Heaney.

Al releer *La dialéctica del sexo* medio siglo después de que se escribiera, me enfurece su parodia vestida de análisis crítico sobre la raza y me asombra su silencio acerca de las personas colonizadas, lesbianas, gays y trans, pioneras de las luchas contra la familia. Me decepciona su clasismo constante y su repugnancia hacia el cuerpo embarazado; no me impresiona su fusión de feminidad y parto gestacional; y me avergüenza su total falta de atención al trabajo sexual, al imperialismo, a las lesbianas y a la vida queer en general. Hija desleal de todas las abolicionistas de la familia que me precedieron, en realidad estoy en desacuerdo con más puntos con Firestone de los que estoy a favor. Pero me encanta —a veces hasta el punto de llorar— el negacionismo absoluto de su libro, su apetito erótico y su sinceridad. Apoyo totalmente su programa de acabar con el matrimonio y con todas las formas de parentesco propietario. A través de una arruga en el tiempo, reclamo a Shulie, con amor, con irritación. Guardo en mi corazón, sin comprenderlo del todo, su compromiso a realizar «lo inexpresable en lo real».

En *La dialéctica del sexo*, en toda su inmortal exuberancia, su inestimable comicidad y su angustiosa seriedad, se mezclan Engels, Marx, Freud y Beauvoir, combinando alta metafísica —acomodada conversacionalmente, casi como comedia— con viscerales observaciones fenomenológicas, a saber, que «el embarazo no es bueno para ti» y «la infancia es un infierno». En la primera página del texto —si llegas hasta ahí, sabiendo lo que sabes del Capítulo 5— hay una idea muy convincente: los desdichados de la tierra pueden y deben aprovechar la ciencia para retocar la biología y desatar así la igualdad y la alegría universales. Existen tecnologías, afirma Firestone de forma plausible, que podrían —si el proletariado lo deseara— distribuir equitativamente, reducir y quizás finalmente disolver por completo la carga del trabajo más duro. La palabra «revolución» no es lo suficientemente abarcadora para el escenario lúdico y orgiástico que

Firestone tiene en mente. Adelantándose a sus atónitos críticos tecnófobos —que, sin embargo, (¡durante 50 años!) nunca se han dignado a ver más allá de su positivismo respecto a los úteros artificiales— declara sin rodeos que algo peor que el capitalismo, a saber, «el escenario de 1984», es altamente probable si el control sobre las tecnologías reproductivas sigue en manos de las clases dominantes y si estas no se asaltan desde abajo.

En 2021 impartí un breve curso sobre *La dialéctica del sexo* en el Instituto de Investigación Social de Brooklyn —en línea, a través de Zoom— y lo continué en 2022 con los cursos titulados «¿Qué es la abolición de la familia?» y «La liberación de los niños» (la liberación de los niños, como solía llamarse, era un ingrediente vital de la democracia doméstica en el horizonte poscapitalista de Firestone). En la primavera de 2022, tal como esperaban desde hacía años todos los implicados en el activismo por la justicia reproductiva en el sur de los Estados Unidos, el Tribunal Supremo se posicionó en el conocido juicio de «Roe contra Wade».⁵ Pero incluso antes de que la decisión original se viera debilitada en los años ochenta por la «Enmienda Hyde» (que prohibía que se utilizaran fondos federales en abortos), Roe había constituido una victoria pírrica para los activistas por la libertad de aborto como Firestone y sus camaradas de «la voz del aborto». Ocurrió en 1973, cuando se estableció el dudoso principio de que una mujer en suelo estadounidense tiene derecho a tomar una decisión privada sobre la interrupción de un embarazo con su médico de familia. Si Firestone siguiera viva hoy, y formara parte de la lucha a favor del aborto, imagino que podría argumentar que nunca ha existido, discursivamente, una libertad estadounidense para renunciar a la gestación de un feto. No existe ninguna prerrogativa sagrada, en esta colonia de colonos puritanos, para decidir no producir una nueva vida humana; en otras palabras, no hay derechos laborales en el ámbito de la antropogénesis. Cabría esperar que los libros de historia mostraran una lucha encarnizada por parte de los representantes de las pobres portadoras de úteros de los Estados Unidos para insistir en tales libertades, prerrogativas y derechos, pero lo más seguro es que nos llevemos una decepción. La de Firestone representa, en ese sentido, una voz relativamente única (y es una lástima, en mi opinión, que se incline hacia una somatofobia innecesaria): desnaturaliza el embarazo y lo expone como

5 Se conoce así al litigio judicial de 1973 por el que se conseguía el derecho federal al aborto, anulado en 2022.

una forma de trabajo a menudo letal y que casi siempre mutila, lo cual convierte en absurdo obligar a nadie a gestar contra su voluntad.

Los cristofascistas contemporáneos desean acabar con todas las formas de autonomía corporal no productiva y no reproductiva, incluida la salida del embarazo, ciertamente, pero también la anticoncepción, lo queer y la libertad para retrasar la pubertad, moldear el propio sexo y utilizar los baños públicos siendo trans. En este contexto, déjame decirte que impartir un curso online sobre este manifiesto repro-utópico de los sesenta –con verrugas y todo– fue una forma brutalmente eficaz de iluminar el antiutopismo de la estructura de pensamiento imperante. Sin duda, en los meses inaugurales de la era del coronavirus global, grandes oleadas de amor y rabia salieron a la calle en las ciudades natales de Firestone, San Luis, Chicago y Nueva York, una y otra vez, perturbando la realidad invivible, carcelaria y pobre en cuidados que es, para muchos de sus habitantes, Estados Unidos. Y, de hecho, cuando estas olas de abolicionismo alcanzaron su cresta, por ejemplo en el verano de 2020, casi se podía vislumbrar lo que se podría haber sentido en 1968, cuando todo parecía estar sobre la mesa; de repente, se iluminó moderadamente el radicalismo del siglo XXI. Sin embargo, me parece que puede ser muy instructivo observar las utopías de aquella época pasada, casi revolucionaria, en lo que se podría denominar como la pandemia de la «última etapa». El afianzamiento del cinismo de género, de la defensa de la familia nuclear, se deslizó sigilosamente sobre muchos de nosotros, sin que apenas nos diéramos cuenta.

En el momento de escribir estas líneas, en 2022, una abrumadora mayoría de los bebés están siendo moldeados en una intimidad drástica e inaudita; las trabajadoras reproductivas están al límite; mientras tanto, las personas trans –y las víctimas de la violencia machista en general– sufren en silencio, permaneciendo en el armario, incapaces de huir. ¿Quién mejor, entonces, pensé, para perforar la normalización subrepticia y adormecedora de todo esto, tanto bajo Trump como bajo Biden, que Shulamith Firestone (de solo 24 años en 1968), con su ardiente rechazo a toda premisa «natural» de la sociedad estadounidense y su visión de un futuro en el que niños y adultos juntos (habiendo eliminado el capitalismo, el trabajo y la propia distinción sexual) habiten democráticamente familias grandes y no genéticas? En un ensayo sobre otra mujer divertidísima y muy leída que murió sola y loca en su apartamento –Marilyn Monroe–, la artista contemporánea Audrey Wollen escribe sobre el regalo que ella y sus amigos creen haber recibido de la

breve e incendiaria contribución de Monroe a la historia de la humanidad. «Atendiendo a nuestras imposibilidades, ofrecimos a quienes nos rodeaban tanto lo negativo, el cero, como el deseo que lo acompaña. Eso es lo que nos dio Marilyn». Parte de lo que Wollen está diciendo aquí, creo, es que la urgente destrucción de este mundo y el deseo de una vida en común están atrapados en una dialéctica. Y si así fuera, entonces, lo que Shulie nos dio también es algo similar: un mapa literal («para ese raro loco de los diagramas ») que en parte es una broma, trazando el camino hacia un lugar donde sea posible constituirse como una feminista heterosexual, una *femme* intelectual y una camarada niña.

Inmediatamente después de la publicación de *La dialéctica del sexo* en 1970, Firestone abandonó definitivamente el mundo de la política. En los años siguientes mencionó en varias ocasiones que estaba planeando un segundo libro, destinado a «sentar las bases de un nuevo y poderoso arte femenino, con el potencial de transformar nuestra propia definición de cultura». ⁶ Pero ese libro nunca llegó. En cambio, en 1998 apareció por fin un texto de continuación, *Airless Spaces*, una colección minúscula, fragmentaria y llena de desesperación, con relatos sobre los recuerdos de Shulie y otras reclusas durante su encarcelamiento psiquiátrico. Hacia el final de ese volumen, bajo el epígrafe «Recuerdo a Valerie», la autora dedica un par de páginas a una no camarada: la «matriarcalista» Valerie Solanas, que «se puso paranoica» con ella una vez, hace mucho tiempo, y que, según había dicho, detestaba *La dialéctica del sexo*. «Pasaron muchos años antes de que volviera a oír hablar de ella», concluye Firestone: «Fue en una esquila donde decía que la habían encontrado en un hotel de San Francisco muerta debido a una enfermedad pulmonar». En 2012, Shulie también murió sola, en su apartamento, presumiblemente a la espera de que se inventara el término adecuado, uno que abarcara más que el de *revolución*.

Con todo, y a pesar de sus puntos ciegos, Shulie Firestone merece ser leída de nuevo en esta época de resurgimiento del fascismo y nihilismo pandémico, porque desfamiliariza (por no decir que se ríe a carcajadas) los propios cimientos del capitalismo contemporáneo —en particular, el hogar nuclear privado— que la experiencia de la covid-19 puede, a pesar de todo, enseñarnos a poner en tela de juicio. Mientras que el santuario de la «familia» se ha vuelto, por un lado, cada vez más

6 Véase su carta de presentación —«Anti-Credentials»— reproducida en el prefacio de Firestone, S. (1998), *Airless Spaces*, Semiotext(e), Nueva York.

invisible e incuestionable bajo las chapuceras olas de cuarentena, encierro y desenmascaramiento de los Estados Unidos (que a su vez se basaban en las zonas de sacrificio de toda la sociedad de los llamados «hogares de cuidados», por no mencionar el apartheid mundial de las vacunas), la necesidad de fortalecer la conciencia de clase, alcanzar la revolución de los cuidados y la liberación de los niños también ha cobrado importancia. Abajo el trabajo, dijo Shulie: y tantas de nosotras que descubrimos, gracias a los cheques de «estímulo», que el cielo no se cae cuando la supervivencia humana se desvincula del salario. Abajo el nacionalismo y las micronaciones competitivas de valores familiares, dijo Shulie: somos, transgeneracionalmente, las creadoras unas de otras, las guardianas de la salud de los demás. Redescubramos nuestras potencialidades más antinaturales, y cuidémonos unos a otros como íntimos alienados de un futuro que, una vez más, parece merecer la pena intentar.